

LA RELACIÓN ENTRE ALUMNO Y PROFESOR DESDE EL PUNTO DE VISTA DE MIGUEL DE UNAMUNO

The Relationship between Student and Teacher from Miguel de Unamuno's Point of View

Sergio Ángel VARELA
Universidad de Málaga
Correo-e: sergioangelvarela@hotmail.com

Recibido: 19 de noviembre de 2021
Envío a informantes: 18 de noviembre de 2021
Aceptación definitiva: 8 de abril de 2022

RESUMEN: Una de las facetas en la que menos se ha profundizado en la trayectoria vital de Miguel de Unamuno es la de profesor, aunque ejerció su magisterio durante más de cuatro décadas en diferentes puestos dentro de la estructura universitaria e incluso en enseñanzas medias. A pesar de sus propias experiencias como alumno, que bien podría haber imitado cuando fue él el encargado de impartir clase, el Unamuno profesor buscó distanciarse de los usos didácticos de su época y, casi desde el primer día, sorprendió a su alumnado con un enfoque diferente de la enseñanza de la lengua que ponía el foco en la práctica y, sobre todo, en la relación que debía haber, a su juicio, entre el profesor y el alumno.

Esta relación debía basarse en dos pilares: la potenciación del componente humano, y para ello era necesario romper la barrera invisible entre el catedrático y el alumno; y la necesidad de que el profesor fuese ejemplo para sus discípulos, tanto en el hábito de trabajo como en sus conocimientos.

PALABRAS CLAVE: Miguel de Unamuno; educación; profesorado; alumnado; didáctica; enseñanza de la lengua.

ABSTRACT: One of the least studied facets of Miguel de Unamuno's life is that of a teacher, despite the fact that he taught for more than four decades in different positions within the university structure and even in secondary education. Despite his own experiences as a student, which he could well have imitated when he was in charge of teaching, Unamuno the teacher sought to distance himself from the

didactic practices of his time and, almost from the first day, surprised his students with a different approach to language teaching that focused on practice and, above all, on the relationship that should exist, in his opinion, between teacher and student.

This relationship had to be based on two pillars: the empowerment of the human component, and for this it was necessary to break the invisible barrier between the professor and the student; and the need for the teacher to be an example for his disciples, both in his work habit and in his knowledge.

KEYWORDS: Miguel de Unamuno; education; professorship; students; didactics; language teaching.

1. Introducción

UNA DE LAS FACETAS MENOS ESTUDIADAS DE MIGUEL DE UNAMUNO (Bilbao, 29 de septiembre de 1864-Salamanca, 31 de diciembre de 1936) es su desempeño como profesor, a pesar de que fue, sin duda, la que más le ocupó y aquella que desarrolló de manera más constante en su agitada trayectoria vital. De hecho, sus primeros contactos con la docencia se produjeron ya en 1884, con apenas veinte años, cuando regresa a su Bilbao natal después de licenciarse y doctorarse en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. Esta primera experiencia como profesor (en escuelas y también impartiendo clases particulares) la compagina con la preparación de sus oposiciones y le deja un mal sabor de boca: «Su primera experiencia pedagógica en los colegios de Bilbao lo conduce a emitir un juicio muy crítico sobre el sistema educativo de la Restauración y escribe en sus cuadernillos que la enseñanza pública y oficial en España está entregada a espíritus cobardes y encogidos»¹.

Así, durante los siete años que Unamuno prepara las distintas oposiciones a las que se presenta seguirá impartiendo clases en varios centros educativos bilbaínos y, fruto de esa preparación opositora, tendrá que ir decidiendo qué tipo de profesor quiere ser. Recordemos que el proceso selectivo para la cátedra incluía la confección de un plan de estudio de la materia para la que se opositaba, y en este sentido el Unamuno opositor y sus convicciones personales podían no casar con los métodos de su época, como bien señala Rivero: «El positivismo y la psicología moderna eran dos de las corrientes que estaban en la base de sus planteamientos filosóficos, lo cual no podía sino chocar con las mentalidades que componían los tribunales de oposición»².

En cualquier caso, el proceso opositor del intelectual bilbaíno llegará a su fin el 5 de junio de 1891, cuando el tribunal lo propone como ganador de la cátedra

¹ RABATÉ, C. y RABATÉ, J. C.: *Miguel de Unamuno (1864-1936). Convencer hasta la muerte*, Madrid, Galaxia Gutemberg, 2019, p. 58.

² RIVERO, M. Á.: *El joven Miguel de Unamuno. Vida, obra, pensamiento (1864-1892)*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2014, p. 220.

de Griego de la Universidad de Salamanca³. Comenzará así un periplo de 43 años como catedrático (con los vaivenes conocidos de su exilio durante la dictadura de Primo de Rivera, lo que le obligó a faltar a sus clases seis años, de 1924 a 1930).

El panorama general que el joven catedrático Unamuno se encuentra en Salamanca (y que se habría encontrado en cualquier otra universidad española) no dejaba, a priori, mucho espacio para la innovación:

En general, la Universidad española tuvo un nivel bastante bajo en el siglo XIX, y la producción científica universitaria española fue entonces relativamente escasa. Se expedían títulos y se difundía ideología, en general católica, no sin ciertas contradicciones. La enseñanza solía realizarse demasiado con compendios generales, en clases fundamentalmente teóricas y memorísticas, siguiendo con la práctica del temario, herencia de la enseñanza catequística, y las asignaturas y los programas no incorporaban los conocimientos modernos, sobre todo los científicos, y especialmente los venidos desde fuera. Del monopolio de los títulos académicos como uno de los mayores obstáculos para el progreso de la enseñanza científica y técnica, se quejaría Unamuno en 1895. [...] El caso bien conocido de Miguel de Unamuno representa desde luego una más que notable excepción en el panorama universitario salmantino por su rica personalidad y su amplia proyección nacional e internacional que supera con creces la de sus colegas y viene reflejada por ejemplo en su epistolario o en su inmensa y diversa producción bibliográfica⁴.

Esa singularidad unamuniana hace que, casi desde su llegada, sea motivo de comentario y escrutinio, como bien apunta Emilio Salcedo: «Todos se preguntan quién es ese Unamuno, ese vasco recién venido que se hace amigo de Pedro Dorado Montero, que vive en las afueras de las Carmelitas, que escribe también en «El diario de Salamanca» y en «El fomento», que no va a misa pero entra en las iglesias, que conversa con algunos curas, que parece prestar una especial atención a los estudiantes y éstos se interesan por él»⁵.

Debemos hacer notar que, concretamente en Salamanca, el ambiente previo para proponer innovaciones o nuevos enfoques docentes en el ámbito universitario era peor que en otras ciudades, como bien señala José María Hernández:

Si un Unamuno o un Dorado Montero hubieran ejercido en una Universidad mayor, más abierta y plural, sin obviar su indudable y respectiva calidad científica y humana, posiblemente hubieran pasado más desapercibidos. Queremos indicar que el sector integrista ofrece en la Salamanca de estas fechas una imagen de mayor firmeza que en otros ámbitos geográficos e institucionales del Estado, y obliga a los

³ Para una completa visión de la Salamanca de Unamuno, véase FRANCIA, I. y RODRÍGUEZ, A. (coords.): *El tiempo de Miguel de Unamuno y Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

⁴ GUERENA, J. L.: «El profesorado universitario en el tránsito de los siglos XIX-XX», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (coord.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. II, Estructuras y flujos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004, pp. 819-821.

⁵ SALCEDO, E.: «Biografía completa de Miguel de Unamuno», en *Los protagonistas de la Historia*, Madrid, n. 43 (1970), p. 10.

conservadores a escorarse a su terreno, y a los liberales o profesores independientes críticos a ser primero blanco de atención y más tarde a tomar partido en antagonismos que resultan ya ineludibles⁶.

A pesar de esta perspectiva, pronto Unamuno (y otros compañeros catedráticos) va a posicionarse para, desde su magisterio, cambiar una realidad docente que no le parecía aceptable y que dejaba a España (y en su caso concreto a la Universidad de Salamanca) lejos de las corrientes que se hacían hueco en Europa:

El modelo de Universidad que implantan los liberales desde 1845, en términos pedagógicos, también debe acomodarse a los objetivos pedagógicos de la reforma [...]: centralización, uniformismo, secularización. Eso nos explica que Salamanca no pueda extralimitarse ni un ápice de las propuestas que establecen los reglamentos centrales en materia universitaria, y en concreto en asuntos de disciplina, control, tipología docente empleada, aprobación previa por el Gobierno de los libros recomendado y luego utilizados por los profesores en sus disciplinas, sistemas de exámenes utilizados, modelo de actuación de la *lectio* diaria, distribución del tiempo escolar, respeto escrupuloso de los profesores al ideario liberal. [...] Frente a este modelo de Universidad tan controlado y decadente, que contraviene el núcleo de la tarea prioritaria de una Universidad viva, como es la creación, la originalidad, la difusión libre de la ciencia, va a alzar su voz en Salamanca, como en otros lugares, una minoría de representantes inconformistas como los de orientación krausista o positivista, o simplemente intelectuales de propio cuño como un Miguel de Unamuno. Lo harán casi siempre en desventaja, en contra del sector dominante, con frecuencia sostenido por la Iglesia en su versión de clero, obispo o de otros profesores católicos y comprometidos con el ideario eclesiástico⁷.

En este sentido, debemos mencionar que Unamuno, al igual que otros compañeros de generación, siempre pensó que en la formación y educación del pueblo estaría la solución para muchos de los males que aquejaban a la España de su época:

Unamuno, como reacción al célebre *Desastre del 98*, consideró (y, en este aspecto más general de su posición, no se denota un alejamiento de su postura hacia los ideales políticos y antropológicos de su época histórica) que sólo podría haber una regeneración de su España finisecular si el pueblo, inculto y analfabeto, fuese educado. Todos los problemas de España, y ésta es la íntima convicción de todos los intelectuales finiseculares, se solucionarían si se combatiesen las altas tasas de analfabetismo, que afectaban a dos tercios de la población⁸.

⁶ HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.ª: «La libertad de enseñanza en la Restauración y su incidencia en la Universidad de Salamanca», *Revista Historia de la Educación*, Salamanca, 3 (1984), p. 126.

⁷ HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.ª: «Del Decreto Pidal al primer rectorado de Unamuno, 1845-1900», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (coord.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. I, Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 261-262.

⁸ MAROCO, E. J.: «Unamuno: el maestro y su misión educativa», *Revista de educación PUC Campinas*, Campinas, 22 (2017), p. 153.

Muy pronto el quehacer del intelectual vasco irá calando no solo en sus discípulos, sino también en otros sectores de la sociedad salmantina. Esto será posible por su intensa implicación en la vida de la ciudad:

Tendría gran interés conocer y comprender el compromiso social y político de profesores y líderes estudiantiles, las relaciones con el movimiento obrero y sus instituciones de cultura, con las asociaciones católicas (por ejemplo, con el Círculo Católico de Obreros), el Frente de Juventudes y otras asociaciones juveniles. Caso de especial relieve fue Miguel de Unamuno, que supone un revulsivo para la Universidad, y sobre todo para la ciudad, durante la primera mitad del siglo XX⁹.

En cualquier caso, es con su magisterio en Salamanca como podemos comprobar qué tipo de profesor quería ser, y fue, Unamuno. En primer lugar, daremos voz a sus propios alumnos, que nos hablarán de las clases del catedrático, y luego comprobaremos las propias reflexiones del catedrático vasco, contrastándolas con las que se han vertido en algunos de los trabajos de investigación que se han realizado sobre la faceta educadora del intelectual vasco.

2. La Opinión de sus alumnos

Nos resulta imprescindible, si queremos acercarnos acertadamente a la silueta del Unamuno profesor, y especialmente a sus reflexiones acerca de la relación entre el educador y el alumno, plasmar algunas de las opiniones que nos han llegado de los propios alumnos del profesor salmantino. El catedrático José Balcázar y Sabariego nos deja una primera impresión en su obra *Memorias de un estudiante de Salamanca*, de 1935:

No llevaba yo en Salamanca tres días cuando conocí a Victoriano Zurdo, aventajadísimo alumno de griego, y aunque esta asignatura no estaba en el plan que me había trazado para los próximos exámenes, me instó a que me preparase también en ella y fue mi profesor particular y en pocos días aprendí a declinar y a conjugar, y conocí las enclíticas y proclíticas y la teoría de los verbos polirricos, y cuando en la práctica del análisis comprendió que estaba en condiciones hizo que asistiese a la clase de D. Miguel de Unamuno, que era el catedrático de Griego. Unamuno tenía entonces 28 años y acababa de ganar la cátedra en reñidas oposiciones. [...] D. Miguel apenas permanecía sentado. Parecía un adepto de la escuela peripatética; o paseaba por la plataforma o actuaba en el encerado, pero sus explicaciones eran tan claras y tan amenas que la clase se nos hacía muy corta y desde el primer momento quedamos entusiasmados por las enseñanzas del maestro. [...] En la cátedra de Unamuno se aprendía de todo: técnica gramatical, filología comparada, medicina, ciencias naturales, historia, literatura. Su *causerie*

⁹ HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.ª: «Estudiantes de los siglos XIX-XX. Aspectos sociales», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (coord.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. II, Estructuras y flujos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004, p. 699.

siempre admirable era un surtidor de conocimientos, una sembradora de ideas. Y su complacencia y afecto hacia sus alumnos se exteriorizaba en todos los sitios, en clase y fuera de ella, en la calle cuando paseábamos con él, y en su casa cuando le visitábamos¹⁰.

Dejaremos al margen los comentarios elogiosos para centrarnos en dos aspectos que nos parecen relevantes, por salirse de la norma establecida en el magisterio de las universidades españolas a finales del s. XIX y comienzos del s. XX. En primer lugar, la flexibilidad de la lección magistral en Unamuno, que al parecer saltaba de la materia que reunía al alumnado en clase (en este caso el Griego) para tocar otras disciplinas; y en segundo lugar la supresión de la línea divisoria entre el profesor y el estudiante, que se constata no solo en lo obvio (esas visitas de sus estudiantes a la casa de Unamuno o los paseos con él), sino en la eliminación progresiva del estrado o púlpito desde el que el catedrático miraba al alumnado y dictaba unos contenidos, por otra parte, incontestables.

Por su parte, el catedrático del instituto Fray Luis de León Gabriel Espino Gutiérrez, también antiguo alumno del intelectual bilbaíno, refleja algunos de sus recuerdos en clase en el artículo «El magisterio de Unamuno»:

Tuve el honor y la fortuna de ser alumno oficial de don Miguel en su cátedra de Lengua y Literatura griega, durante el curso 1915 a 1916, y en la misma disciplina, más la de Historia de la Lengua castellana, el siguiente año académico 1916 a 1917. Y constituye para mí, como para todos los que fueron discípulos suyos, un verdadero gozo evocar el recuerdo del insigne maestro en su diaria labor de clase. [...] Reunidos ya los contados alumnos, éramos seis en mi curso (entre ellos el hoy académico de la Española don José María Cossío) más un oyente de excepción, nuestro catedrático de árabe y hebreo Dr. D. Pascual Meneu, que asistía, a diario, con nosotros a las clases de don Miguel, comenzaba éste su maravillosa lección, todavía sin entrar en el aula, mediante el diálogo, nunca mejor llamado socrático, con sus discípulos. En efecto, como el padre de la filosofía griega el maestro Unamuno gozaba del don preciadísimo de cautivar y avivar la mente de sus alumnos «obrando, como él dice, sobre cada uno de ellos», que es la suprema pedagogía. [...] Así pues, la tarea magistral comenzaba desde que con él cruzábamos el saludo. Una vez ya en el aula, don Miguel continuaba entre nosotros, pues singular en todo, no subía nunca a la cátedra, sino que acercaba el sillón profesoral a nuestros pupitres; y enfrente de mí, leyendo el griego, al revés, por mi propio texto, comenzaba la enseñanza de la primera disciplina que tenía a su cargo, la de Lengua y Literatura griega¹¹.

Podemos comprobar de nuevo esa intención de eliminar barreras superfluas entre el profesor y los estudiantes. No parece que se trate de equiparar las figuras, sino de romper ese halo de superioridad que el catedrático de la época se esforza-

¹⁰ BALCÁZAR, J.: *Memorias de un estudiante de Salamanca*, Madrid, Librería de Enrique Prieto, 1935, pp. 10-II.

¹¹ ESPINO, G.: «El magisterio de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 16 (1966), pp. 99-100.

ba en imponer, haciendo de su figura un ente inalcanzable en muchas ocasiones. Y en esta cita ya no se trata, como hemos comprobado en la anterior de Balcázar, de pasarse sobre la plataforma, sino que el catedrático «baja» a la clase y comparte libro con su alumnado, con el que ya ha empezado la lección en el pasillo.

Otra de las características que, según sus propios alumnos, tenía el Unamuno profesor era su capacidad para mostrarse conjuntamente como docente y consejero, tal y como afirmaba el escritor y filósofo Casimiro González Trilla: «Más que de profesor, oficiaba de director espiritual de los estudiantes. Le abríamos de par en par nuestras conciencias y aprendíamos de él a vivir la vida con hondura»¹².

Anotaremos una última opinión sobre las clases de Unamuno, y es la del catedrático y miembro de la Real Academia de la Lengua Francisco Ynduráin Hernández, que en 1987 escribió estas líneas, pertenecientes a su artículo «Sobre Unamuno: precisiones y recuerdo»:

Unamuno se hizo cargo de la Gramática histórica que antes había también profesado. A ella asistí más por gusto y curiosidad que por obligación: don Miguel daba vida y acento personales a lo ya sistematizado por Menéndez Pidal y por él mismo. Ni terminaba su contacto con los alumnos al terminar la hora lectiva, pues se hacía el enconadizo a la salida para acompañarse de alguno o algunos en paseo demorado hasta su casa¹³.

Comprobamos, de nuevo, la intención del catedrático por entablar relación social con sus alumnos, más allá de las clases, en una concepción de la relación entre educador y educando que difuminara las líneas divisorias que eran la pauta habitual de la época.

No podemos dejar pasar este apunte sin mencionar un aspecto bien conocido de la personalidad de Unamuno, y es que el intelectual bilbaíno siempre parecía dispuesto a encontrar un público que oyese sus diatribas y reflexiones sobre muy determinados temas. Por ello, no es del todo descabellado pensar que ese acercamiento a su alumnado no tuviera solo como único objetivo limar las diferencias de estatus y mostrarse como un profesor cercano, sino que bien podría deberse también a ese afán de publicidad y notoriedad que Unamuno nunca desdeñó y que en muchas épocas de su vida incluso buscó. En este sentido podemos enmarcar las palabras de María Zambrano:

En Unamuno su pasión fue de ser, de existir, él, Miguel de Unamuno; de realizarse en su total individualidad. Mas esta individualidad pedía ávidamente existir en el otro, en los otros [...]. La actuación de Unamuno como maestro, como padre, como ciudadano, su pasión por intervenir en los destinos de su patria, su pasión de escritor, todo fue movido por ese afán de verse al fin, de ver su rostro, de identificarse¹⁴.

¹² BENÍTEZ, H.: «Nuevo paliq ue unamuniano», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, año IV, 16 (1950), p. 529.

¹³ YNDURÁIN, F.: «Sobre Unamuno: precisiones y recuerdo», *Cuenta y Razón*, 26 (1987), p. 24.

¹⁴ ZAMBRANO, M.: *Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003, pp. 196-197.

Podríamos anotar, pues, que esa necesidad de dejar huella en la sociedad la llegó el catedrático salmantino a volcar en sus propios alumnos. Zambrano alude a la incapacidad de Unamuno para no pasar desapercibido en ninguna de sus facetas vitales como modo de autoafirmarse individualmente.

3. Las reflexiones de los estudios previos y del propio Unamuno acerca de la relación entre el profesor y el alumno

En este punto, y tras haber rescatado algunos recuerdos de su alumnado en relación con las clases del catedrático y el trato del mismo, anotaremos varias aportaciones sobre este tema buscándolas en una doble fuente: las reflexiones del propio Unamuno en varios de sus textos públicos y la opinión de algunos estudios previos que han abordado la función didáctica del intelectual bilbaíno.

En su ensayo *La enseñanza del latín en España*, publicado en 1894 y más tarde recogido en las *Obras completas* de la Fundación Castro, Unamuno se muestra bastante claro sobre la contribución del profesor en España: «Las obligaciones verdaderas del profesor público son para con la sociedad a cuyo servicio la enseñanza se endereza»¹⁵. Así, podemos colegir que para el catedrático salmantino el profesor se debe a la sociedad para la que trabaja, por lo que la relación con su alumnado, su magisterio, debe perseguir un fin social más alto que el que puedan tener tanto profesor como alumno. Así, parece entender la enseñanza como una herramienta social, más que individual.

Este componente social de la enseñanza en general, y de la universitaria en particular, será un lugar común en las reflexiones unamunianas sobre la docencia y la labor de las universidades:

¿Cuál puede ser el oficio de la Universidad en este hacer patria? Desde luego no en el ejército o con la bandera que ondea en el cruento combate; no hay que morir por la patria, sino vivir por ella. Hay que enseñar el heroísmo del trabajo y el culto a la verdad. [...] Unos cuantos sabios hacen más por la patria que algunos batallones. Critica la Universidad: los exámenes, que nada enseñan, son amarguras, memorismo de repetición de un manual. La ciencia no es algo mágico que se enseña, sino un hambre de saber, un espíritu, no unos títulos...¹⁶.

En este sentido, el catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid Ramiro Flórez Flórez comenta esa dimensión social de la enseñanza en Unamuno en su artículo «Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno»: «Toda la vida y escritos de Unamuno pueden verse como una gran obra de Pedagogía

¹⁵ UNAMUNO, M. de: *La enseñanza del latín en España*, en *Obras completas*, vol. VIII, Madrid, Fundación Castro, 2007, p. 204.

¹⁶ GARCÍA, P. y PESET, M.: «El siglo XX. I. Introducción panorámica», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (coord.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. I, Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, p. 265.

individual y social: educar hombres concretos mediante la labor de su cátedra, y educar a un pueblo, su «España universal y eterna», mediante la labor de publicista, de conferenciante y hombre público»¹⁷.

Vemos cómo esta opinión refleja el interés social que debe tener, según Unamuno, la educación, y de esta manera Flórez añade a esa labor didáctica la faceta del rector como hombre público, lo que conformaría una silueta de pedagogo «a tiempo completo», incluso cercana también a lo que hoy conocemos como divulgador.

Centrándonos de nuevo en la relación profesor-alumno, el artículo del catedrático de Lengua y Literatura Española Rafael Rubio Latorre «Unamuno, educador» se acerca a esa conexión que buscaba siempre el catedrático:

Es cierto que sus alumnos no fueron masa, porque no podían serlo, y porque quizá tampoco lo hubiera aceptado Unamuno, pero no se puede negar que salvados ambos extremos, la postura del maestro fue ejercer la educación «de voce et de scripto», a todo el que quiso escucharle, aunque prefiriera siempre el magisterio de la acción personal. [...] Una de las mejores cualidades de Unamuno educador es su prestación personal en la empresa que juzgó suya y que cumplió con escrupuloso dinamismo. El amor al discípulo fue, sin rodeos, la obsesión de toda su vida y hasta llegó a hacerse sólo y siempre maestro¹⁸.

En estas líneas podemos entrever la importancia de la dimensión humana cercana en la relación entre alumno y profesor, y en cierta medida es posible apreciar que la pedagogía unamuniana puso al alumno en el centro de todo el proceso de enseñanza y aprendizaje. El propio catedrático insiste en varias ocasiones en esa dedicación plena hacia el alumnado, como asegura en la conferencia que ofreció en la Sociedad de Ciencias de Málaga el 22 de agosto de 1906: «No hay tarea más noble que la de moldear almas de niños, despertar sus gérmenes de bondad, ahogar los de malicia. Y para ello hace falta constancia, hija del amor. El amor es lo más constante que hay, lo más fuerte. El amor es la única pedagogía fecunda. Amad a los niños y sabréis enseñarlos»¹⁹.

Cierto es que la cita bien puede relacionarse con la educación general del niño y no exclusivamente con la enseñanza reglada, pero nos pone sobre la pista de las bases que el intelectual vasco cree imprescindibles en la formación de los más jóvenes. En cualquier caso, comienzan a aparecer términos y expresiones como «constancia», «acción personal» o «prestación personal», que nos van dando pistas sobre la necesidad de que el profesor, según Unamuno, se entregue plenamente a la tarea de formar al discípulo.

¹⁷ FLÓREZ, R.: «Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno», *Cuadernos Hispano-americanos*, Madrid, 440 (1987), p. 199.

¹⁸ RUBIO, R.: «Unamuno, educador», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 23 (1973), pp. 29 y 36.

¹⁹ UNAMUNO, M. de: *Conferencia en la Sociedad de Ciencias de Málaga*, en *Obras completas*, vol. IX, Madrid, Fundación Castro, 2008, p. 807.

La necesidad, en la concepción unamuniana de la pedagogía, de que el alumno sea el centro de todo el proceso ha sido investigada por el historiador y pedagogo Buenaventura Criado:

Se revuelve [Unamuno] contra quienes creen que a los educandos hay que meterlos en las estructuras pedagógicas que el educador lleva consigo apriorísticamente. El proceso es inverso: partir del educando, de cada uno en concreto y en particular, para después educarle de acuerdo con sus propias posibilidades. A mi juicio, esta postura es la correcta y tiene plena vigencia actual. No se puede educar en serie ni se debe masificar; a lo más que se llega con ello es a instruir, pero no a educar. [...] Unamuno es partidario de una pedagogía individualizada. El educador ayuda a que cada uno se descubra a sí mismo, partiendo del hombre concreto, con sus límites y posibilidades. [...] Da el primer impulso en la autoformación, exige disciplina, obliga a reflexionar y a crear las propias ideas. Es un transmisor de actitudes, de autorresponsabilidades. [...] Difícilmente puede reducirse esta dicotomía maestro-alumno a fórmulas matemáticas. La interacción de ambos es algo vital, inefable, que escapa a las recetas. Supone un testimonio personal paradigmático que el alumno intenta aprehender incluso inconscientemente. La calidad humana del maestro, el don magistral es más innato que adquirido en los tratados de pedagogía²⁰.

Vemos que, si la docencia debe ser individualizada y singular, centrada en el alumno, la relación entre educador y educando tiene que ser estrecha y cercana, puesto que el docente debe conocer al alumno para tener claras sus características y circunstancias. Por esto mismo, como bien apunta Delgado, la masificación no podía ser una opción. Además, esta concepción de la pedagogía, en la que el centro es el alumno y el profesor marca el camino del autoconocimiento, entronca con la tradición socrática, tal y como apuntaba Miguel Cruz Hernández:

En aquella España trágicamente cómica del 98, en medio de la sofistería krauista y de la falsa patriotería de «los empalagosos lugares comunes de nuestra historia», que dijo Menéndez Pelayo, la misión de Unamuno es absolutamente socrática. Ante su obra caben, pues (como sucedió con Sócrates), dos posturas: o atenerse a la letra muerta de un unamunismo de vía estrecha, como hicieron Euclides, Antístenes y Aristipo con Sócrates, o hacer lo que Platón: partir del maestro para actuar, conforme a su espíritu, dentro de los nuevos problemas y las nuevas circunstancias²¹.

Cierto es que esta reflexión no se circunscribe específicamente a la labor docente de Unamuno, pero es significativa de la misión que el propio intelectual vasco se autoimpuso como educador social o excitador de las conciencias de la España de su época.

En 2001 el doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación Ernesto Ladrón de Guevara profundiza en esta misión pedagógica de Unamuno y en la relación que

²⁰ DELGADO, B.: *Unamuno educador*, Madrid, Editorial Magisterio español, 1973, pp. 166-168.

²¹ CRUZ, M.: «La misión socrática de Don Miguel de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 3 (1952), p. 52.

debía haber entre el maestro y el estudiante en el artículo «El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno»:

Unamuno, desde su honradez intelectual, alumbraba muchos de los problemas que aquejan a la enseñanza hoy, más centrada en los medios que en los fines. El único objeto que debe centrar su atención es el alumno y su desarrollo y preocuparse en la dimensión humana de la relación maestro-alumno, desde la profunda traslación de los aspectos formales de la educación, la disciplina con afecto, el esfuerzo, los hábitos y la sabiduría contenida en los buenos maestros que saben establecer la escala de prioridades en la fijación de los objetivos²².

Así, vuelve a ponerse el foco en la dimensión humana que debe primar en la relación alumno-profesor, por encima de consideraciones eminentemente técnicas o teóricas, o más, si quiere decirse, específicamente de contenido. El propio Unamuno lo deja claro en su artículo «Más sobre los pedagogos», aunque centrado en los profesores de los primeros niveles académicos: «Lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, mucha más filosofía, y más humanidades, muchas más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede ser el padre, un especialista»²³.

En este punto debemos detenernos para acercarnos un poco más a la concepción que Unamuno tuvo sobre el concepto «pedagogía». Resulta necesario profundizar en cómo pensó el catedrático que debían ser las clases. El punto de partida podemos encontrarlo en estas palabras de Arturo Barea: «Convertió sus lecciones filológicas en experiencias apasionantes para los estudiantes, infundiéndoles el amor y el respeto que sentía por el verbo creador»²⁴. Por lo tanto, el comienzo es el apasionamiento del profesor, la entrega a la materia y su docencia. Esto no quiere decir, como ya hemos comprobado mediante las experiencias de sus alumnos, que las clases se centren exclusivamente en el componente teórico:

A sus alumnos de Salamanca les hacía trabajar una y otra vez, en clase, sobre el canto sexto de la *Iliada*, su preferido, glosándolo él con las observaciones gramaticales y métricas que le parecían oportunas. No los agobiaba con el estudio sistemático de la gramática griega, concedía mucha importancia a la etimología, y salpicaba sus lecciones de digresiones lingüísticas y filosóficas. No formó especialistas, pero sus estudiantes aprendieron de él a amar la lengua y la literatura de los griegos. [...] Los estudiantes le agradecían su dedicación (daba todas sus clases, lo que no era costumbre entre los catedráticos), explicaba las lecciones con rigor y claridad, y era con ellos atento y justo²⁵.

²² LADRÓN DE GUEVARA, E.: «El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno», *Revista Española de Pedagogía*, Madrid, 59(22) (2001), p. 409.

²³ UNAMUNO, M. de: «Más sobre los pedagogos», en *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Escelicer, 1971, pp. 1329-1330.

²⁴ BAREA, A.: *Unamuno*, Barcelona, Planeta, 2020, pp. 43-44.

²⁵ JUARISTI, J.: *Miguel de Unamuno*, Barcelona, Taurus, 2012, p. 204.

Vemos cómo las clases de Unamuno entremezclaban el necesario conocimiento de la lengua griega con las disquisiciones de otra índole, y también volvemos a encontrarnos con un profesor bien valorado por sus alumnos, que lo estiman por su motivación para con ellos. El ensayista salmantino Luciano González Egido añade una característica más de la docencia de Unamuno:

De la seriedad y de la constancia con que Unamuno desempeñó esta tarea docente quedan abundantes pruebas en su Epistolario con Menéndez Pidal y en los abundantes testimonios de sus discípulos y alumnos. Pero esta obligación académica, a la que incorporaba sus observaciones filológicas sobre el habla de Salamanca, no es más que una parte de su gozosa inmersión en la lengua hablada salmantina²⁶.

Así, la pedagogía unamuniana acercaba a sus alumnos al habla propia de Salamanca. En definitiva, la cátedra de Unamuno, fuese de Griego o de Filología Comparada, terminaba siendo una rica miscelánea cultural enfocada a sus alumnos.

Llegados a este punto, observamos que existe en Unamuno una característica del docente que es, a su juicio, innegociable. En muchos de sus textos públicos (artículos, discursos, ensayos y conferencias) encontramos que, frente al alumnado, el profesor debe ser un ejemplo de entrega y sacrificio. Así lo expresa en el artículo «Nuestros pedagogos», publicado en 1915, cuando afirma: «El maestro debe enseñar todo lo que sepa y debe saber todo lo que pueda»²⁷ o en «Diccionario diferencial catalán-castellano», en el que sostiene: «Con nuestros jóvenes estudiantes, aun con los más aplicados, hay que hacer que venzan el primer esfuerzo. Nuestra pedagogía tiene que luchar con la pereza de la raza. Aquí se quiere la conciencia infusa, con fruto y sin trabajo, como decía el místico»²⁸.

De este modo, el afán de superación en el profesor debería servir de ejemplo a su alumnado, por lo que en la relación entre docente y discípulo no parecen caber altibajos en el esfuerzo. Además, la ejemplaridad del profesor podría servir como freno a esa pereza que el propio Unamuno considera como consustancial a «la raza». Sobre algunos de estos aspectos el profesor de la Universidad de Salamanca Serafín Tabernero del Río profundizó en su estudio «Don Miguel de Unamuno y la educación», poniendo el foco en la importancia de la constancia como método docente:

Con no menos estima que del niño D. Miguel habla del maestro. Pero tal palabra no se la aplica al mecánico enseñante ni al experimentador pedagógico a ultranza, no. D. Miguel sólo llama maestro al que pone toda su alma en perfeccionar seres

²⁶ GONZÁLEZ, L.: *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1983, p. 222.

²⁷ UNAMUNO, M. de: «Nuestros pedagogos», en *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Escelicer, 1971, p. 1310.

²⁸ UNAMUNO, M. de: «Diccionario diferencial catalán-castellano», en *Obras completas*, tomo IV, Madrid, Escelicer, 1968, p. 542.

humanos, en encender el fuego espiritual de los alumnos, en educarlos en suma. Su estima por el maestro no está motivada, por tanto, por el qué, sino por el cómo de la enseñanza. [...] Unamuno se da perfecta cuenta de la influencia poderosa de la labor callada de los maestros en la forja de grandes personalidades y prestigios. Y es que, para alcanzar metas egregias en el arte o en la cultura, se precisa estar poseído por un sagrado entusiasmo, que de ordinario no se da sino en contacto con un auténtico maestro. Por el contrario, si el maestro no lo es de verdad, suelen formarse en el discípulo condicionamientos que lo colocan frente a la cultura en una actitud de repulsa²⁹.

En efecto, la interpretación que podemos dar es que resulta imprescindible que sea el maestro, primero, el que ofrezca el ejemplo del trabajo constante y la predilección hacia el conocimiento y la ciencia. Se explican así las frecuentes críticas del intelectual bilbaíno a algunos de sus compañeros catedráticos que, a su juicio, buscaban excusas varias para no impartir sus clases o que las impartiese algún sustituto. En esta misma línea encontramos las reflexiones de la profesora de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español de la Universidad Autónoma de Madrid Juana Sánchez-Gey en su artículo «La Educación en pensadores españoles contemporáneos»:

Unamuno concedía una gran importancia al maestro como ejemplo en todo acto educativo. Considera que el entusiasmo del maestro que pone todo su interés en transmitir la verdad es la mejor herencia que se puede proporcionar al alumno tanto en el aprendizaje como en su formación humana. [...] Considera al maestro, fundamentalmente, como un hombre sabio y dador de amor. Respecto a la sabiduría, critica la falta de reflexión y rechaza una pedagogía que se convierta sólo en táctica o estrategia³⁰.

Parece claro que, en opinión de Unamuno, si se quiere que el alumnado ofrezca lo máximo de sus posibilidades es el profesor el primero que debe hacerlo. Todo lo anteriormente dicho no significa que el intelectual bilbaíno quiera que sus alumnos, mediante su ejemplo, se conviertan en réplicas suyas. Al contrario, el ejemplo del profesor sirve como guía, pero es el alumno el que debe encontrar, necesariamente, su propia individualidad y singularidad:

El maestro no administra dosis de ciencia hecha, sino que la hace junto con el discípulo. El maestro no crea a imagen y semejanza suya, no multiplica su yo en cada uno de sus discípulos, sino que ayuda a que cada uno se cree a sí mismo, como hacía Sócrates. No se impone como modelo a imitar, sino que posibilita que cada uno agote sus caminos sabiendo elegir bien sin equivocarse. Explica su cosmovisión, establece su axiología; pero los alumnos le obligan a una perenne revisión, a un

²⁹ TABERNERO, S. M.: «Don Miguel de Unamuno y la educación», *Aula: Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 2 (1989), pp. 134-135.

³⁰ SÁNCHEZ-GEY, J.: «La Educación en pensadores españoles contemporáneos», *Bajo Palabra, Revista de Filosofía*, Madrid, 6 (2011), p. 158.

continuo juicio crítico. Una objeción, una observación, una sugerencia del alumno enriquecen de manera sensible el pensamiento del maestro³¹.

Volvemos a encontrarnos con esa relación entre la pedagogía de Unamuno y la concepción socrática de la docencia, y además vemos cómo alumno y profesor se «retroalimentan».

Por otra parte, debemos hacer notar que no solo se trata de la iniciativa del maestro, el ejemplo puede, y debe darse, desde el propio conocimiento. Además de la actitud es también importante la aptitud. Sobre ello insisten las profesoras y doctoras en Filosofía Clara Fernández Díaz-Rincón y Alicia Villar Ezcurra en su estudio «Miguel de Unamuno y la educación»:

Hay sin duda en la visión de la educación en Unamuno una prevalencia por la motivación, por despertar el amor por el conocimiento. Para ello, considera que no hace falta más que el mismo saber. No hay que «perderse» en metodologías: la sabiduría misma genera ese deseo profundo de saber más. Así, buscará una enseñanza que configura un sujeto –persona o pueblo– insatisfecho, el sujeto al que se turba y trastorna, el sujeto vivo, que será protagonista de un camino para el que necesita y quiere ciencia viva³².

Anotaremos en este momento que Unamuno realiza estas reflexiones y consideraciones en consonancia al sistema educativo de su época, hijo de la sociedad de su época (tal y como apuntábamos al comienzo de este artículo). Resulta obvio que mucho se ha hablado y estudiado acerca de cómo puede motivarse al alumnado, y que el ejemplo del profesorado puede ser una forma, pero no puede darse como única ni, por supuesto, como infalible.

Otra de las características que para Unamuno debe tener la relación entre el profesor y el alumno es que debe basarse en el respeto mutuo, pero nunca en la sumisión o la obediencia ciega:

La misión sagrada del estudiante [...] consiste en poner sobre todo la razón, que dicta la obediencia razonada a la ley, que debe ser razón, y a la justicia y que rechaza la ciega obediencia jesuítica y castrense. La razón dicta a las veces la santa rebeldía. No se debe obedecer órdenes injustas. Y todo discípulo debe examinar libremente las razones del maestro. Y el «¡orden y mando» es peor que el «¡lo dijo el maestro!» Ni la ordenanza es siempre orden, sino muchas veces desorden e injusticia, y por lo tanto, indisciplina para con la razón y el Derecho³³.

³¹ DELGADO, B.: *Unamuno educador*, Madrid, Editorial Magisterio español, 1973, p. 177.

³² FERNÁNDEZ, C. y VILLAR, A.: «Miguel de Unamuno y la educación», *Padres y Maestros*, Madrid, 377 (2019), p. 66.

³³ UNAMUNO, M. de: «A El Estudiante», en *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Escelicer, 1971, p. 1200.

Estas palabras, de su artículo «A El Estudiante», publicado en 1925, confirman que la relación entre alumno y profesor, aunque ambos se sitúen en planos diferentes, debe estar regida siempre por los criterios de justicia y sensatez.

El vínculo entre el educador y el discípulo preocupó e interesó a Unamuno durante toda su etapa como docente, que es casi como decir toda su vida. Buena muestra de ello, y con estas palabras cerraremos este punto, es el discurso que pronunció el 20 de septiembre de 1934, cuando la apertura del año académico salmantino coincidió con la jubilación del catedrático bilbaíno:

Al enseñar (y aprendiendo al enseñarlas) la lengua y las letras del pueblo heleno, eternamente joven y eternamente anciano (la antigüedad es la niñez de los pueblos y la niñez es la antigüedad del alma), fui retemplando mi espíritu rebelde a disciplina. Tenía que disciplinar a discípulos. Y así llegó a asistirme el ánimo simbólico de Sócrates, el hijo de la partera, el gran partero que se llamó a sí mismo, el que asistía a la mocedad ateniense a que se diera a luz, a propia clara conciencia, la visión del mundo y así la recreara recreándose en ella. [...] Y he aquí por qué, estudiantes salmantinos, he venido estos años esforzándome, socráticamente en enseñaros a aprender la misma lengua que hablabais, a daros, clara conciencia de ella, a que la dierais a luz y aprenderla yo así de vosotros³⁴.

Sirva esta postrera reflexión de Unamuno para aportar una última característica a la debida relación entre el profesor y el alumno: ambos deben aprender el uno del otro. El esfuerzo del docente será recompensado no solo en el progreso del discípulo, sino en el crecimiento profesional y personal del propio maestro. Y todo ello desde la disciplina bien entendida, no aquella basada en la sumisión, sino esa que, según el catedrático salmantino, «retempla el espíritu».

4. Conclusiones

Con todo lo anteriormente expuesto, podemos decir que las principales características que, en opinión de Unamuno y fundamentadas por los diferentes estudios que hemos recopilado, debe tener la relación entre el profesor y el alumno son las siguientes:

En primer lugar, la concepción unamuniana de la pedagogía pone al alumno en el centro del proceso de enseñanza y aprendizaje. La docencia debe ser, en opinión del catedrático salmantino, totalmente individual. Por eso es el profesor el que debe adaptarse a las circunstancias y a las características del alumno, y por esta misma razón no cabe masificación en el aula, ya que impediría esa atención individualizada. Obviamente la figura del profesor es imprescindible, pero los

³⁴ UNAMUNO, M. de: *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1934 a 1935, en la Universidad de Salamanca, el día 20 de septiembre de 1934, al ser jubilado como catedrático*, en *Obras completas*, vol. IX, Madrid, Fundación Castro, 2008, pp. 1118 y 1123.

recursos del sistema deben estar centrados en el avance del alumnado y para ello no pueden escatimarse esfuerzos.

El vínculo entre alumno y profesor debe estar basado en la confianza mutua y en reforzar, en la medida de las posibilidades, el componente humano de la relación. En este sentido, Unamuno se esforzó especialmente (y así lo corroboran los propios estudiantes) en romper esa barrera invisible que existía en su época entre el catedrático (o la mayoría de ellos) y su alumnado. En este sentido, esa potenciación de la relación personal llevó a que parte de su alumnado viese al Unamuno profesor como un confidente o incluso como un «director espiritual».

Por otra parte, el concepto de profesor ideal en el catedrático salmantino está muy emparentado con la visión socrática de la pedagogía. Así, la relación profesor-alumno debería servir para que el educando se autoconozca y rebese sus límites. El maestro es un guía que ayuda al discípulo a alcanzar su máximo.

A todo esto debe unirse que el profesor debe ser, indefectiblemente, ejemplo para sus discípulos. Esta ejemplaridad la basa Unamuno en dos aspectos: por un lado, el maestro debe ser reflejo de constancia, entrega, trabajo y afán de superación (y en este sentido hemos comprobado cómo el intelectual bilbaíno cumplía escrupulosamente con sus obligaciones docentes, práctica no tan habitual en la España de su época); por otro, la sabiduría del docente debe servir como modelo a imitar. Así, el doble ejemplo en el saber y en el hacer serviría, según el catedrático salmantino, para motivar a su alumnado.

Este necesario ejemplo que el profesor debe dar al alumno no significa, en el ideario unamuniano, que el objetivo del docente sea multiplicar su imagen en sus alumnos. El ejemplo debe servir solo como motivación, pero el objetivo último del proceso de enseñanza y aprendizaje es formar hombres independientes, singulares e individuales, que sepan encontrar sus limitaciones y, sobre todo, superarlas con espíritu crítico.

La relación entre el maestro y el estudiante debe basarse siempre en el respeto mutuo, pero nunca en la sumisión y la obediencia acrítica del alumnado hacia el docente.

Y, por último, el vínculo profesor-alumno es completo si ambos aprenden juntos el uno del otro. Por ello, Unamuno defiende que la predisposición debe ser la de estar dispuesto a la sorpresa y al cambio de criterio. Así, una de las máximas que el intelectual bilbaíno destacó en su despedida como catedrático fue la importancia de haber aprendido de su alumnado durante las más de cuatro décadas que ejerció como profesor en Salamanca.

5. Bibliografía

- BALCÁZAR Y SABARIEGOS, J.: *Memorias de un estudiante de Salamanca*, Madrid, Librería de Enrique Prieto, 1935.
- BAREA, A.: *Unamuno*, Barcelona, Planeta, 2020.

- BENÍTEZ, H.: «Nuevo palique unamuniano», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, año IV, 16 (1950).
- CRUZ, M.: «La misión socrática de Don Miguel de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 3 (1952), pp. 41-53.
- DELGADO CRIADO, B.: *Unamuno educador*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1973.
- ESPINO, G.: «El magisterio de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 16 (1966), pp. 99-106. Recuperado de <https://bit.ly/3v9HqYM>
- FERNÁNDEZ, C. Y VILLAR, A.: «Miguel de Unamuno y la educación», *Padres y Maestros*, Madrid, 377 (2019), pp. 65-68. DOI: <https://doi.org/10.14422/pym.i377.y2019.011>
- FLÓREZ, R.: «Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 440 (1987), pp. 187-204. Recuperado de <https://bit.ly/3cvtJgy>
- FRANCIA, I. Y RODRÍGUEZ, A. (COORDS.): *El tiempo de Miguel de Unamuno y Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.
- GARCÍA TROBAT, P. Y PESET, M.: «El siglo XX. 1. Introducción panorámica», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (COORD.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. I, Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.
- GONZÁLEZ EGIDO, L.: *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.
- GUERENA, J. L.: «El profesorado universitario en el tránsito de los siglos XIX-XX», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (COORD.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. II, Estructuras y flujos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.ª: «La libertad de enseñanza en la Restauración y su incidencia en la Universidad de Salamanca», *Revista Historia de la Educación*, Salamanca, 3 (1984), pp. 109-126.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, JOSÉ MARÍA: «Del Decreto Pidal al primer rectorado de Unamuno, 1845-1900», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (COORD.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. I, Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.ª: «Estudiantes de los siglos XIX-XX. Aspectos sociales», en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (COORD.): *Historia de la Universidad de Salamanca, vol. II, Estructuras y flujos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004.
- JUARISTI, J.: *Miguel de Unamuno*, Barcelona, Taurus, 2012.
- LADRÓN DE GUEVARA, E.: «El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno», *Revista Española de Pedagogía*, Madrid, 59(220) (2001), pp. 403-419. Recuperado de <https://bit.ly/353EMsT>
- MAROCO, E. J.: «Unamuno: el maestro y su misión educativa», *Revista de Educación de la Universidad Católica Pontificia de Campinas*, Campinas (Brasil), 22 (2017), pp. 151-162. DOI: <http://dx.doi.org/10.24220/P1519-3993-2017220100010>
- RABATÉ, C. Y RABATÉ, J. C.: *Miguel de Unamuno (1864-1936). Convencer hasta la muerte*, Madrid, Galaxia Gutemberg, 2019.
- RIVERO, M. Á.: *El joven Miguel de Unamuno. Vida, obra, pensamiento (1864-1892)*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2014. DOI: <https://doi.org/10.14201/gredos.127859>
- RUBIO, R.: «Unamuno, educador», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 23 (1973), pp. 27-47. Recuperado de <https://bit.ly/2TjTj7x>
- SALCEDO, E.: «Biografía completa de Miguel de Unamuno», en *Los protagonistas de la Historia*, Madrid, n. 43 (1970).
- SÁNCHEZ-GEY, J.: «La Educación en pensadores españoles contemporáneos», *Bajo Palabra, Revista de Filosofía*, Madrid, 6 (2011), pp. 155-166. Recuperado de <https://bit.ly/3vbGoeK>
- TABERNERO, S. M.: «Don Miguel de Unamuno y la educación», *Aula: Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 2 (1989), pp. 125-143. Recuperado de <https://bit.ly/3xdpjcW>

UNAMUNO, M. DE: *Obras completas. Tomo IV*, Madrid, Escelicer, 1968.

UNAMUNO, M. DE: *Obras completas. Tomo IX*, Madrid, Escelicer, 1971.

UNAMUNO, M. DE: *Obras completas. Volumen VIII*, Madrid, Fundación Castro, 2007.

UNAMUNO, M. DE: *Obras completas. Volumen IX*, Madrid, Fundación Castro, 2008.

YNDURÁIN, F.: «Sobre Unamuno: precisiones y recuerdo», *Cuenta y Razón*, 26 (1987), pp. 19-27. Recuperado de <https://bit.ly/3g9SyRm>

ZAMBRANO, M.ª: *Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003.